Introducción

Probablemente desde los primeros años del hombre sobre la tierra, hubo un ser humano sobre el que muchos otros ponían sus ojos, porque era un modelo a seguir en alguna actividad. Tal vez, muy en los primeros momentos, ese ejemplar personaje era un excelente cazador. O bien, aquel otro que era especialmente diestro en la confección y manejo del hacha de silex, llamada también pedernal. En definitiva, siempre había uno que destacaba en algo. El gran Mingote nos ofreció uno de sus excelentes chistes de hombres prehistóricos, en el que uno de ellos comentaba a otro, refiriéndose a un tercero que permanecía sentado en una soberbia piedra mientras pensaba: «Fíjate, ha inventado el pretérito perfecto de subjuntivo».

Siglos después aparecieron los pensadores, hombres que han pasado a la historia por sus aportaciones al pensamiento y a la palabra: Sócrates, Aristóteles, Cicerón, S. Agustín, Shakespeare, Cervantes, Calderón de la Barca… Y así hasta hoy, hemos ido conociendo a grandes figuras que han contribuido no poco a formar la cultura de occidente.

J.R.R. Tolkien describe la creación del mundo, en su «Silmarillion», como si se tratara de una obra musical compuesta por

el mismo Dios, que es quién también dirige la orquesta de los ángeles.

Cervantes escribe el Quijote. Velázquez, pinta las Meninas.

Borodin compone «El príncipe Igor» y Verdi nos embelesa con el coro de «Nabuco».

Un/a profesor/a enseña a leer a sus alumnos. Otro/a, enseña a resolver derivadas. Un tercero, logra trasladar a sus alumnos toda la belleza del Romance del Duero, de Gerardo Diego.

Un hombre y una mujer son capaces de amarse completa y perpetuamente.

Muchísimos padres educan con esmero y acertadamente a sus hijos en los que ponen gran cantidad de afectos, de entrega, de sacrificios y de exigencias.

Todo un conjunto amplio y sólido de actuaciones que en situaciones muy distintas consiguen la excelencia. Henri Rambaud decía que «lo excelente es menos dificultoso que lo mediocre». Algunos han manifestado que la excelencia es hacer sencillas las cosas en un mundo complicado. La excelencia es lograr una calidad superior en una cosa o persona. El individuo excelente es el que sobresale en algo considerado bueno entre las personas.

Sin lugar a equivocarnos, podíamos llamar a esos excelentes: **presencias** en la vida del mundo. Sus contribuciones por medio de la acción, del lenguaje, del pensamiento, del discurso, de la investigación y de las experiencias y descubrimientos han sido merecedores de que a ellos se les atribuya la confección de un mundo en el que se han ido produciendo notables avances, proporcionándonos una vida más cómoda y en parte, más humana. Sin embargo, es cierto que aún hay grandes lagunas, penosos fallos, distorsiones y flaquezas como para que podamos cantar que hemos llegado al tipo de vida feliz que todo ser humano pretende. Pero indudablemente, contamos ya con un espléndido grupo de mujeres y hombres que han realizado extraordinarios trabajos con

repercusiones muy positivas en nuestras vidas. Son, repito, singulares **presencias.** A todos ellos hay que tributarles reconocimiento y agradecimiento. Estar presente es poseer un espíritu atento, decía Descartes. Lo contrario es la dispersión. Al fijar la atención en algo o en alguien, nos salimos del tiempo y nos situamos en el presente. La **presencia** es concentración en un presente.

Pero la vida sigue. Y hoy, como ayer, como mañana, continuaremos necesitando de esas personas modelos, incluso no sólo por lo que pueden hacer, sino por lo que es más necesario, que sean. Necesitamos ya, lo antes posible, de un buen puñado de mujeres y hombres ilustres, especialmente por la integridad de sus pensamientos, por la ejemplaridad de sus comportamientos, por la dedicación de sus vidas al servicio de las grandes masas, por la belleza de sus conductas: La belleza de un violinista en Auschwitz, enseñando a tocar el instrumento a un niño; la de un joven rezando un padrenuestro en la semidestruida Alepo; la de un joven soldado que en el frente del Ebro escribe la última carta de amor a su novia; la de la niña Eulalia de Mérida, confesando valientemente su fe; la del vidriero que contempla en el silencio y en la serenidad la vidrieras que ha colocado en la catedral de León; la del químico que ha encontrado un genial medicamento.

No estoy sugiriendo que necesitemos pro-hombres. Si llegan, de acuerdo con lo expuesto unas líneas más arriba, bienvenidos sean. Pero no es eso. Necesitamos esas **presencias** entre las personas sencillas de nuestro entorno. También estos cambiarán bastantes cosas que habitualmente utilizamos: nuevas reflexiones audaces y conformes con el mundo real, invenciones y planes y programas que nos conduzcan a un mundo mejor. Personas que, en medio de su sencillez, busquen, encuentren y nos den la excelencia en los diversos trabajos y tareas, al mismo tiempo que nos ofrezcan una imagen agradable de un destacado modelo de personas completas.

Necesitamos familias que sean auténticas escuelas de amor. Siempre nos animará la creación de la familia que sea eso: auténticamente familia.

Seguramente que ya todos pensamos que me estoy refiriendo a padres, educadores, orientadores, animadores, políticos, profesores, trabajadores que sean **presencias.** Gente corriente que, sin llamar la atención, gastan sus vidas en servir a los demás, dejando una imborrable huella en los semejantes de su época. En ellos se plasma certeramente la sabiduría de la educación.

En las páginas de este libro trataré de concretar cómo lograr esas personas que se esmeran y trabajan en el logro de la excelencia. Es tan noble esta tarea que me permito invitar a ella a mis lectores. Quiero no olvidarme de asegurar que estos hombres y mujeres son y serán los auténticos transformadores de nuestra sociedad. Mujeres y hombres modernos, audaces, fuertes, decididos que, con sus palabras y sus hechos, son, serán, los faros, la luz que urgentemente pedimos y precisamos. Para comenzar, solamente dos cosas son necesarias: querer y tener carácter. Lo demás, la maravillosa verdad, aparecerá a continuación.

Calderón nos transmite esa sabiduría que, me animo a pedir en todo educador. Él la concreta en un hombre sencillo, leal y labriego de Zalamea. La representa así:

- **Rey:** ¿Qué ha sucedido?
- **Don Lope:** Un alcalde ha prendido un capitán, y viniendo yo por él, no le quieren entregar.
- **Rey:** ¿Quién es el alcalde?
- **Pedro Crespo:** Yo.
- **Rey:** ¿Qué disculpa me dais?
- **Crespo:** Este proceso, en quién bien probado el delito está, digno de muerte, por ser una doncella robar, forzarla en un despoblado, y no quererse casar con ella, habiendo su padre rogándole con la paz.

– **Rey:** Bien está sentenciada; pero vos no tenéis autoridad de ejecutar la sentencia que toca a otro tribunal. Allá hay justicia, y así remitid al preso.
– **Crespo:** Mal podré, Señor, remitirle, porque como acá no hay más que una sola audiencia, cualquier sentencia que hay, la ejecuta ella, y así está ejecutada ya.
– **Rey:** Pues, ¿cómo así os atrevísteis?
– **Crespo:** Vos habéis dicho que está bien dada aquesta sentencia: luego esto no está hecho mal.
– **Rey:** Don Lope, aquesto ya es hecho. Bien dada la muerte está: que errar lo menos importa, si se acertó la principal.

Pedro Crespo encarna la sabiduría en la mente y en la conducta de este hombre humilde, justo y sensato.